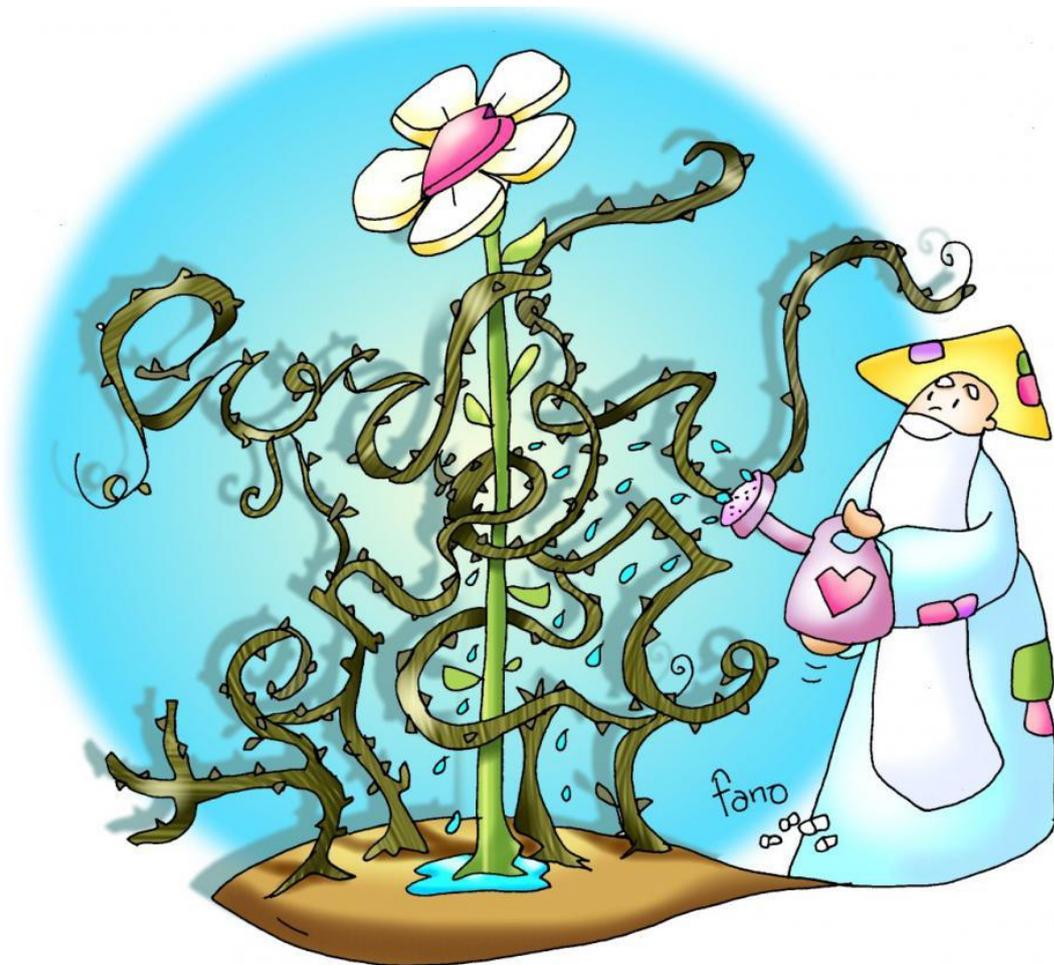




LECTIO DIVINA

XVI semana del Tiempo Ordinario
Del 19 al 25 de julio de 2020



“Cuidanos entre las zarzas.”

DOMINGO, 19 DE JULIO DE 2020

El trabajo oculto de Dios.

Oración introductoria

Jesús, concédeme una gran confianza en tu providencia

Petición

Señor, dame la fuerza para saber apartarme decididamente de la cizaña que me ofrece el mundo.

Lectura del libro de la Sabiduría (Sab. 12, 13. 16-19)

Fuera de ti no hay otro Dios que cuide de todo, a quien tengas que demostrar que no juzgas injustamente. Porque tu fuerza es el principio de la justicia y tu señorío sobre todo te hace ser indulgente con todos. Despliegas tu fuerza ante el que no cree en tu poder perfecto y confundes la osadía de los que lo conocen. Pero tú, dueño del poder, juzgas con moderación y nos gobiernas con mucha indulgencia, porque haces uso de tu poder cuando quieres. Actuando así, enseñaste a tu pueblo que el justo debe ser humano y diste a tus hijos una buena esperanza, pues concedes el arrepentimiento a los pecadores.

Salmo (Sal 85, 5-6. 9-10. 15-16a)

Tú, Señor, eres bueno y clemente.

Lectura de la carta del apóstol san Pablo a los Romanos (Rom 8, 26-27)

Hermanos: El Espíritu acude en ayuda de nuestra debilidad, pues nosotros no sabemos pedir como conviene; pero el Espíritu mismo intercede por nosotros con gemidos inefables. Y el que escruta los corazones sabe cuál es el deseo del Espíritu, y que su intercesión por los santos es según Dios.

Lectura del santo Evangelio según san Mateo (Mt 13, 24-43)

En aquel tiempo, Jesús propuso otra parábola a la gente diciendo: «El reino de los cielos se parece a un hombre que sembró buena semilla en su campo; pero, mientras los hombres dormían, un enemigo fue y sembró cizaña en medio del trigo y se marchó. Cuando empezaba a verdear y se formaba la espiga apareció también la cizaña. Entonces fueron los criados a decirle al amo: “Señor, ¿no sembraste buena semilla en tu campo? ¿De dónde sale la cizaña?”. Él les dijo: “Un enemigo lo ha hecho”. Los criados le preguntan: “¿Quieres que vayamos a arrancarla?”. Pero él les respondió: “No, que al recoger la cizaña podéis arrancar también el trigo. Dejadlos crecer juntos hasta la siega y cuando llegue la siega diré a los segadores: Arrancad primero la cizaña y atadla en gavillas para quemarla, y el trigo almacenadlo en mi granero”». Les propuso otra parábola: «El reino de los cielos se parece a un grano de mostaza que uno toma y siembra en su campo; aunque es la más pequeña de las semillas, cuando crece es más alta que las hortalizas; se hace un árbol hasta el punto de que vienen los pájaros del cielo a anidar en sus ramas». Les dijo otra parábola: «El reino de los cielos se parece a la levadura; una mujer la amasa con tres medidas de harina, hasta que todo fermenta». Jesús dijo todo esto a la gente en parábolas y sin parábolas no les hablaba nada, para que se cumpliera lo dicho por medio del profeta: «Abriré mi boca diciendo parábolas; anunciaré lo secreto desde la fundación del mundo». Luego dejó a la

gente y se fue a casa. Los discípulos se le acercaron a decirle: «Explícanos la parábola de la cizaña en el campo». Él les contestó: «El que siembra la buena semilla es el Hijo del hombre; el campo es el mundo; la buena semilla son los ciudadanos del reino; la cizaña son los partidarios del Maligno; el enemigo que la siembra es el diablo; la cosecha es el final de los tiempos y los segadores los ángeles. Lo mismo que se arranca la cizaña y se echa al fuego, así será al final de los tiempos: el Hijo del hombre enviará a sus ángeles y arrancarán de su reino todos los escándalos y a todos los que obran iniquidad, y los arrojarán al horno de fuego; allí será el llanto y el rechinar de dientes. Entonces los justos brillarán como el sol en el reino de su Padre. El que tenga oídos, que oiga».

Releemos el evangelio

San Agustín (354-430)

obispo de Hipona (África del Norte), doctor de la Iglesia

Discurso sobre los salmos, Sal. 99, 8-9

«Los justos resplandecieron como el sol en el Reino de su Padre»

"Cuando esto que es perecedero en nosotros llegue a ser imperecedero y cuando esto que es mortal se revista de inmortalidad» (1Co 15,54), entonces será la dulzura perfecta, el júbilo perfecto, la alabanza sin fin, el amor sin peligro... Y aquí abajo, ¿no saborearemos ninguna alegría? Sin duda, encontramos aquí abajo la alegría; disfrutamos aquí en la esperanza de una vida futura, una alegría con la que seremos plenamente saciados en el cielo.

Pero es necesario que el trigo tenga que soportar estar al lado de la cizaña. Los granos están mezclados con la paja y la flor crece entre las espinas. En efecto, ¿quién dijo a la Iglesia? «Como la flor entre las espinas, así también mi amada en medio de las jóvenes» (Ct 2,2). «En medio de mis hijas», es decir, no entre las extranjeras. Oh Señor, ¿qué

consolaciones nos das? ¿Qué consuelo? o bien ¿qué espanto? ¿Llamas espinas a tus propias hijas? Espinas son, responde, por su conducta, pero hijas por mis sacramentos...

Pero, entonces ¿dónde deberá refugiarse el cristiano, para no lamentarse en medio de los falsos hermanos? ¿Dónde irá? ¿Qué hará? ¿Huirá al desierto? Las oportunidades de caída le seguirán. ¿Se separará, el que va por buen camino por no soportar más a ninguno de sus semejantes? Pero, dime, a este, antes de su conversión, ¿ha podido soportarlo alguien? Si, por consiguiente, con el pretexto de que avanza, no quiere soportar a ninguna persona, por este hecho, es evidente que todavía no ha avanzado nada. Escuchad atentamente estas palabras: "Soportaos los unos a otros con amor. Procurad mantener la unidad en el Espíritu con el vínculo de la paz» (Ef 4,2-3). ¿No hay nada en ti, que otro no tenga que soportar?

Palabras del Santo Padre Francisco

«La justicia propuesta por Jesús no es un simple conjunto de reglas aplicadas técnicamente, sino una disposición del corazón que guía a los que tienen responsabilidades. La gran exhortación del Evangelio es establecer la justicia ante todo dentro de nosotros, luchando con fuerza para marginar la cizaña que nos habita. Para Jesús es de ingenuos pensar que podamos arrancar todas las raíces de mal dentro de nosotros sin dañar también el grano bueno (cf. Mt 13, 24-30). Pero la vigilancia sobre nosotros mismos, con la consiguiente lucha interior, nos ayuda a no dejar que el mal predomine sobre el bien.» *(Homilía de S.S. Francisco, 15 de febrero de 2020).*

Meditación

Jesús sabe lo que hace. El Evangelio de hoy presenta tres parábolas en las que se narra cómo un trabajo oculto, que no podemos ver da siempre fruto. Así es el trabajo de Dios en mi vida. Es un trabajo oculto, el cual no veo y, muchas veces, ni siquiera me doy cuenta qué pasa. Sin embargo, la gracia de Dios va actuando en mi alma.

Jesús sabe cuándo es el momento adecuado. Él actúa siempre en mi alma para acercarla más y más hacia Él. Lo único que tengo que hacer es confiar en Él. Podrán venir dificultades, momentos difíciles, pruebas, pero siempre debo de tener la certeza de que Jesús sabe lo que está haciendo, que Él cuida de mí.

Al igual que una semilla de mostaza o un grano de trigo, mi alma va dando fruto poco a poco, de manera callada y casi invisible. Pero Jesús siempre está ahí para velar por mí, para cuidar de mí. No tengo porque desesperar, porque preocuparme ya que Él nunca me abandona. Su gracia y su amor siempre me acompañan.

Oración final

"Tu tienes piedad de todos,
porque todo lo puedes
y disimulas los pecados de los hombres
para traerlos a la penitencia.
Pues amas todo cuanto existe
y nada aborreces de lo que has hecho;
pues si tú hubieras odiado alguna cosa,
no la habrías formado. *(Sab 11, 24)*

Oración introductoria

Señor, dame la gracia de reconocer las cosas que pueda cambiar, las que no puedo y la sabiduría para saber la diferencia. Sé que Tú me hablas de muchas maneras y me revelas el camino de mi felicidad plena; ayúdame a seguir tu camino y reconocer que Tú me amas y te interesas por mí.

Petición

Padre mío ayúdame a comprender la gratuidad de tu gracia.

Lectura de la profecía de Miqueas (Miq 6, 1-4. 6-8)

Escuchad lo que dice el Señor, el pleito del Señor con su pueblo. «En pie, pleitea con las montañas, que escuchen tu voz las colinas». Escuchad, montañas, el pleito del Señor, vosotros, inalterables cimientos de la tierra: el Señor pleitea con su pueblo, con Israel se querella. «¿Pueblo mío, ¿qué te he hecho?, ¿en qué te he molestado? ¡Respóndeme! Yo te saqué de Egipto y te libré de la servidumbre. Yo te envié a Moisés, Aarón y María». ¿Con qué me presentaré al Señor y me inclinaré ante el Dios excelsa? ¿Me presentaré con holocaustos, con terneros de un año? ¿Le agradarán al Señor mil bueyes, miríadas de ríos de aceite? ¿Le ofreceré mi primogénito por mi falta, el fruto de mis entrañas por mi pecado? Hombre, se te ha hecho saber lo que es bueno, lo que el Señor quiere de ti: tan solo practicar el derecho, amar la bondad, y caminar humildemente con tu Dios.

Salmo (Sal 49, 5-6. 8-9. 16bc-17. 21 y 23)

Al que sigue buen camino le haré ver la salvación de Dios.

Lectura del santo Evangelio según san Mateo (Mt 12, 38-42)

En aquel tiempo, algunos escribas y fariseos dijeron a Jesús: «Maestro, queremos ver un milagro tuyo». Él les contestó: «Esta generación perversa y adúltera exige una señal; pues no se le dará más signo que el del profeta Jonás. Tres días y tres noches estuvo Jonás en el vientre del cetáceo: pues tres días y tres noches estará el Hijo del hombre en el seno de la tierra. Los hombres de Nínive se alzarán en el juicio contra esta generación y harán que la condenen; porque ellos se convirtieron con la proclamación de Jonás, y aquí hay uno que es más que Jonás. Cuando juzguen a esta generación, la reina del Sur se levantará y hará que la condenen, porque ella vino desde los confines de la tierra, para escuchar la sabiduría de Salomón, y aquí hay uno que es más que Salomón».

Releemos el evangelio

San Claudio de la Colombière (1641-1682)

jesuita

Reflexiones cristianas (Écrits spirituels, Christus n° 9, DDB, 1982),

¿Razones para creer?

A los malos cristianos les falta fe y no lo niegan, sino que pretenden excusarse acerca de su insuficiencia para creer. Por eso es frecuente este discurso en su boca: “Si yo hubiera visto un milagro, sería un santo”. “¡Esta generación malvada y adúltera reclama un signo!” (Mt 12,39), los impíos buscan milagros.

Lo más extraño es que aunque hayan visto varios milagros, que se hacen ante sus ojos cada día, que estén rodeados de ellos, no cesan de buscar más. Como los escribas y fariseos, quisieran ver milagros en el cielo, luego de haberlos visto en la tierra. Pero ni los muertos que resucitó el Salvador durante su vida, ni el eclipse del sol a su muerte, los hicieron fieles. Su envidia se volvió más fuerte, su odio más envenenado, llegando hasta la furia. Mas su infidelidad no se curó. Así será para los que viven mal, esperando milagros para creer: “Mismo si alguien resucita de entre los muertos, no serán convencidos” (cf. Lc 16,31). (...)

Todas las dificultades que detienen a los incrédulos, las contradicciones que encuentran en los dogmas de fe, lo que hayan como contrariedades, todo lo que les parece nuevo, sorprendente, contrario al sentido común o a la razón, inconcebible, imposible, todos sus argumentos y pretendidas demostraciones, todo eso está lejos de quebrarme. Me afirma más, me vuelve inquebrantable en mi religión. (...) Las nuevas dudas son para mí nuevas razones para creer.

Palabras del Santo Padre Francisco

«Nínive se convirtió y la ciudad se salvó de una pandemia, tal vez una pandemia moral. Y hoy todos nosotros, hermanos y hermanas de todas las tradiciones religiosas, rezamos: jornada de oración y ayuno, de penitencia, convocada por el Alto Comité para la Hermandad Humana. Cada uno de nosotros reza, las comunidades rezan, las confesiones religiosas rezan: rezan a Dios, todos los hermanos, unidos en la hermandad que nos une en este momento de dolor y tragedia.

No esperábamos esta pandemia, llegó sin que nosotros lo esperáramos, pero ahora está aquí. Y mucha gente muere. Y muchas personas mueren solas y muchas personas mueren sin poder hacer nada. Puede venirnos el pensamiento de “pero a mí no me ha tocado,

gracias a Dios que me salvé”. ¡Pero piensa en los demás! Piense en la tragedia y también en las consecuencias económicas, las consecuencias para la educación y lo que sucederá después. Y por esta razón hoy todos, hermanos y hermanas, de cualquier confesión religiosa, rezamos a Dios.

Quizás habrá alguien que dirá: "Pero esto es relativismo religioso y no se puede hacer. Pero cómo que no se puede hacer, ¿no podemos rezar al Padre de todos? Cada uno reza como sabe, cómo puede, según su propia cultura. No estamos rezando unos contra otros, esta tradición religiosa contra esta, ¡no! Todos estamos unidos como seres humanos, como hermanos, rezando a Dios, de acuerdo con la propia cultura, de acuerdo con la propia tradición, de acuerdo con las propias creencias, pero hermanos y rezando a Dios, esto es lo importante: hermanos, ayunando, pidiendo perdón a Dios por nuestros pecados, para que el Señor tenga misericordia de nosotros, para que el Señor nos perdone, para que el Señor detenga esta pandemia. Hoy es un día de hermandad, mirando al único Padre, hermanos y paternidad. Día de oración.» *(Homilía de S.S. Francisco, 14 de mayo de 2020, en santa Marta).*

Meditación

En el camino vocacional, muchas veces, nos ponemos a pedir señales, como cuando estamos en la capilla o iglesia y le decimos al Señor: «Si se apaga la vela tengo vocación». Si bien es cierto que Dios nos muestra su voluntad a través de las cosas que nos pasan y nos va guiando a lo que Él nos pide, no podemos acelerar el proceso porque Dios lleva su tiempo y nos revela su plan poco a poco.

La gran señal es algo muy importante porque tiene que ver directamente con nuestra vida. El cambio en nosotros es obra de Dios: convertirnos en mejores personas y estar más cerca de Él. Nuestro

peregrinar en la tierra es un continuo cambio de vida, una continua conversión. Este cambio no es fácil y, a veces, nos lleva a hacer cosas que nos cuestan, como Cristo que en su vida terrena daba cada paso hacia el Padre sin regresar, abrazando la cruz cuando la vida no sonreía y dando su vida hasta la última gota de su sangre. Pero no se quedó ahí, sino que su final fue la vida eterna que no se acaba con su resurrección. Nosotros estamos llamados a tener vida, y tenerla en abundancia, porque Dios nos ha llamado a ser parte de su iglesia, y si Él quiere, vivir consagrado a Él.

Esta transformación en nosotros no se da solo por nuestras propias fuerzas, sino que es un trabajo en conjunto, nosotros y Dios, el equipo ideal para hacer grandes cosas. No hay nada imposible para Dios solo tienes que dejarlo entrar en tu vida y Él te ayudará a convertirte en la mejor versión de ti mismo. Dios quiere tu felicidad y realización personal, ¿tú también la quieres?

Oración final

Pues tu amor Señor es mejor que la vida,
por eso mis labios te alaban,
así quiero bendecirte en mi vida,
levantar mis manos en tu nombre. (Sal 63,4-5)

MARTES, 21 DE JULIO DE 2020

La familia que somos.

Oración introductoria

Prepara Señor mi corazón para que escuche tu voz y dame la gracia de saberme parte de tu Iglesia para que junto con mis hermanos vivamos haciendo tu voluntad.

Petición

Padre mío, aumenta mi fe para que siempre confíe en Ti.

Lectura de la profecía de Miqueas (Miq 7, 14-15. 18-20)

Pastorea a tu pueblo, Señor, con tu cayado, al rebaño de tu heredad, que anda solo en la espesura, en medio del bosque; que se apaciente como antes en Basán y Galaad. Como cuando saliste de Egipto, les haré ver prodigios. ¿Qué Dios hay como tú, capaz de perdonar el pecado, de pasar por alto la falta del resto de tu heredad? No conserva para siempre su cólera, pues le gusta la misericordia. Volverá a compadecerse de nosotros, destrozará nuestras culpas, arrojará nuestros pecados a lo hondo del mar. Concederás a Jacob tu fidelidad y a Abraham tu bondad, como antaño prometiste a nuestros padres.

Salmo (Sal 84, 2-4. 5-6. 7-8)

Muéstranos, Señor, tu misericordia.

Lectura del santo Evangelio según san Mateo (Mt 12, 46-50)

En aquel tiempo, estaba Jesús hablando a la gente, cuando su madre y sus hermanos se presentaron fuera, tratando de hablar con él. Uno se lo avisó: «Tu madre y tus hermanos están fuera y quieren hablar contigo». Pero él contestó al que le avisaba: «¿Quién es mi madre y quiénes son mis hermanos?». Y, extendiendo su mano hacia sus discípulos, dijo: «Estos son mi madre y mis hermanos. El que haga la voluntad de mi Padre que está en los cielos, ese es mi hermano y mi hermana y mi madre».

Releemos el evangelio

San Maximiliano M^a Kolbe (1894-1941)

franciscano, mártir

Conferencia del 21 de enero de 1939 (Entretiens spirituels inédits, Lethielleux, 1974), trad. sc@evangelizo.org

Santificar cada instante

La perfección se encuentra en la santificación de nuestra alma y de cada alma. No se realiza a lo largo de los años sino a cada instante. Cada momento que tenemos delante de nosotros, no vuelve. Si fue bien vivido, puede contar para la eternidad. Esta es la verdad...

Entre nuestras manos, cada instante “es”, pero frecuentemente lo olvidamos. Nos preocupamos de lo que puede llegar, lo que uno u otro pensará o la pena tendremos... ¡Qué lástima! El pensamiento más enriquecedor es que sólo el momento presente es nuestro. Vivimos plenamente el momento presente si hacemos la voluntad de Dios. Para que todos esos instantes sean plenamente vividos, es necesario que la Inmaculada los viva en nuestro lugar. Nos damos a ella para poder aprovechar todos esos momentos, para que sea ella que piensa y actúa en nosotros.

El valor del momento presente no depende de lo que hacemos o de la manera como actuamos, sino del hecho que trabajemos por amor a Dios o por amor a nosotros mismos. Es necesario santificarnos cada momento presente, no sabemos si el instante siguiente será nuestro. Es ahora cuando es necesario santificarnos, no sabemos si la tarde será nuestra. Mejor cumplimos nuestro deber de estado, más damos gloria a Dios y más cumplimos la voluntad de la Inmaculada.

Este momento presente es precioso y hay que recordar seguido que en él debemos santificarnos. Cuando nuestra alma quiere santificar

cada instante, ella comienza a descubrir un mundo nuevo, un tesoro de pensamientos y perfecciones.

Palabras del Santo Padre Francisco

«Jesús desafió a toda aquella multitud que lo escuchaba a preguntarse por algo que puede parecer tan obvio como seguro: ¿quiénes son los miembros de nuestra familia, aquellos que nos pertenecen y a quienes pertenecemos? Dejando que la pregunta hiciera eco en ellos de forma clara y novedosa responde: “Todo el que hace la voluntad de mi Padre que está en el cielo, ese es mi hermano, mi hermana y mi madre”. De esta manera rompe no sólo los determinismos religiosos y legales de la época, sino también todas las pretensiones excesivas de quienes podrían creerse con derechos o preferencias sobre él. El Evangelio es una invitación y un derecho gratuito para todos aquellos que quieren escuchar. Es sorprendente notar cómo el Evangelio está tejido de preguntas que buscan inquietar, despertar e invitar a los discípulos a ponerse en camino, para que descubran esa verdad capaz de dar y generar vida; preguntas que buscan abrir el corazón y el horizonte al encuentro de una novedad mucho más hermosa de lo que pueden imaginar. Las preguntas del Maestro siempre quieren renovar nuestra vida y la de nuestra comunidad con una.» *(Homilía de S.S. Francisco, 21 de noviembre de 2019).*

Meditación

¿Alguna vez has mordido un ajo? ¿O en alguna ocasión has comido sal? ¿Cuándo fue la última vez que tomaste una cucharada de pimienta o de orégano? Estos son algunos de tantos de los condimentos que se añaden a una comida, pero generalmente estamos acostumbrados a degustarlos como parte de un todo, pues sazonan nuestras comidas favoritas: pero es muy interesante ver cómo lo que da sabor, por sí solo tiene un sabor muy desagradable.

La fe, del mismo modo, se vive como parte de un todo. Como el condimento, da sabor, pero aislado, separado, sabe feo, o se vive muy pobremente. En el Evangelio de hoy Jesús llama hermanos a aquellos que hacen la voluntad del Padre. ¿Te suena la palabra hermano? ¡Claro que sí! Esta palabra evoca a la familia que somos: la Iglesia. Que el Evangelio de hoy te ayude a descubrir que eres parte de esta familia y que la vivencia de la fe se da siendo parte de ese todo.

Oración final

Yo esperaba impaciente a Yahvé:
hacia mí se inclinó
y escuchó mi clamor.
Puso en mi boca un cántico nuevo,
una alabanza a nuestro Dios. *(Sal 40,2.4)*

MIÉRCOLES, 22 DE JULIO DE 2020
SANTA MARÍA MAGDALENA

¿A quién buscas? Al amor de mi alma

Oración introductoria

Una cosa pido al Señor, morar en su casa todos los días de mi vida, gozar de su presencia y contemplar su templo santo. Dice de ti mi corazón: «busca su rostro». Sí, Señor, tu rostro busco, no me escondas tu rostro. *(Salmo 27)*

Petición

Señor, concédeme vivir muy unido a ti, para dar muchos frutos para la misión.

Lectura del libro del Cantar de los cantares (Cant 3, 1-4a)

Esto dice la esposa: «En mi lecho, por la noche, buscaba al amor de mi alma; lo buscaba, y no lo encontraba. “Me levantaré y rondaré por la ciudad, por las calles y las plazas, buscaré al amor de mi alma”. Lo busqué y no lo encontré. Me encontraron los centinelas que hacen la ronda por la ciudad. “Habéis visto al amor de mi alma?”. En cuanto los hube pasado, encontré al amor de mi alma».

Salmo (Sal 62, 2. 3-4. 5-6. 8-9)

Mi alma está sedienta de ti, mi Dios.

Lectura del santo Evangelio según san Juan (Jn 20, 1. 11-18)

El primer día de la semana, María la Magdalena fue al sepulcro al amanecer, cuando aún estaba oscuro, y vio la losa quitada del sepulcro. Echó a correr y fue donde estaban Simón Pedro y el otro discípulo, a quien Jesús amaba, y les dijo: «Se han llevado del sepulcro al Señor y no sabemos dónde lo han puesto». Estaba María fuera, junto al sepulcro, llorando. Mientras lloraba, se asomó al sepulcro y vio dos ángeles vestidos de blanco, sentados, uno a la cabecera y otro a los pies, donde había estado el cuerpo de Jesús. Ellos le preguntan: «Mujer, ¿por qué lloras?». Ella les contesta: «Porque se han llevado a mi Señor y no sé dónde lo han puesto». Dicho esto, se vuelve y ve a Jesús, de pie, pero no sabía que era Jesús. Jesús le dice: «Mujer, ¿por qué lloras?, ¿a quién buscas?». Ella, tomándolo por el hortelano, le contesta: «Señor, si tú te lo has llevado, dime dónde lo has puesto y yo lo recogeré». Jesús le dice: ¡María!». Ella se vuelve y le dice: «¡Rabbuní!», que significa: «¡Maestro!». Jesús le dice: «No me retengas, que todavía no he subido al Padre. Pero, anda, ve a mis hermanos y diles: “Subo al Padre mío y Padre vuestro, al Dios mío y Dios

vuestro”». María la Magdalena fue y anunció a los discípulos: «He visto al Señor y ha dicho esto».

Releemos el evangelio

San Alfonso María de Liguorio (1696-1787)

obispo y doctor de la Iglesia

Conversando con Dios (“Manière de converser avec Dieu”, Le Laurier, 1988), trad. sc@evangelizo.org

¡Dios de mi corazón y mi herencia por la eternidad!

Digan frecuentemente a Dios: “Mi Señor, ¿por qué me ama tanto? ¿Qué ve bueno en mí? ¿Ha olvidado las ofensas que le hice? ¡Ah! Como me ha tratado con tanto amor y en vez de enviarme al infierno me ha colmado de gracias, ¿a quién querría llevar mi amor sino a usted, Bien que es mi bien y todo mi bien?

Mi Dios, Dios totalmente amable, de mis pecados pasados, son las penas que yo le he provocado lo que más me aflige, a usted que es digno de un amor infinito, que no sabe despreciar a un corazón que se arrepiente y humilla (cf. Sal 50,19). ¡Ah! Desde ahora, por esta vida y por la otra, mi corazón sólo aspira a poseerlo, a usted. “¿A quién sino a ti tengo yo en el cielo? Si estoy contigo, no deseo nada en la tierra. Aunque mi corazón y mi carne se consuman, Dios es mi herencia para siempre y la Roca de mi corazón” (Sal 73(72),25-26). Si, es y será para siempre el único Maestro de mi corazón, mi voluntad y mi único tesoro, mi paraíso, mi todo. En una palabra, el Dios de mi corazón y mi herencia para siempre”.

Es necesario afirmar su confianza en Dios. Para eso, recuerde frecuentemente la ternura que tuvo con usted, los bondadosos medios que empleó su misericordia para devolverlo a caminos que había perdido, librarlo de apegos de la tierra y atraerlo a su santo amor.

Palabras del Santo Padre Francisco

«Y en el Evangelio, el icono de la fidelidad: esa mujer fiel que nunca ha olvidado todo lo que el Señor ha hecho por ella. Ella estaba allí, fiel, frente a lo imposible, frente a la tragedia, una fidelidad que también le hace pensar que es capaz de llevarse el cuerpo... Una mujer débil, pero fiel. El icono de la fidelidad de esta María de Magdala, apóstol de los apóstoles. Pidamos hoy al Señor la gracia de la fidelidad: de darle las gracias cuando nos da certezas, pero nunca pensemos que son “mis” certezas y siempre, miremos más allá de nuestras propias certezas; la gracia de ser fieles incluso ante las tumbas, ante el hundimiento de tantas ilusiones. Fidelidad, que siempre permanece, pero no es fácil de mantener. Que Él, el Señor, sea quien la guarde.» *(Homilía de S.S. Francisco, 14 de abril de 2020, en santa Marta).*

Meditación

«Estando todavía oscuro, fue María Magdalena al sepulcro». La fe de María es duramente probada cuando se encuentra con el sepulcro vacío. Claramente, ella no piensa en que el Señor resucitó, sino que alguien se ha llevado el cuerpo de su Señor. ¿Qué significa este no encontrar el cuerpo de Jesús?

Para María, significa no tener la imagen de aquel que expulsó de ella siete demonios, significa extrañar a aquel que ella amó porque le perdonó mucho. María no piensa en la resurrección, piensa en que todo se ha acabado, pues, se han llevado al Señor. En María, muchos de nosotros podríamos exclamar «en mi dolor te busqué y no te encontré, Señor Dios, no sé en dónde te han llevado, no sé en dónde te habrán puesto».

No permitamos que el dolor, la confusión o la aflicción ciegue nuestra fe, nuestra esperanza, nuestro amor: Cristo Resucitado.

Tengamos presente que cuando nos hallamos en medio de una gran confusión Él nos llama por nombre. Cuando nos encontremos en un callejón sin salida, Él nos llamará.

Oración final

Dios, tú mi Dios, yo te busco,
mi ser tiene sed de ti,
por ti languidece mi cuerpo,
como erial agotado, sin agua. (Sal 63,2)

JUEVES, 23 DE JULIO DE 2020
SANTA BRÍGIDA, RELIGIOSA, PATRONA DE EUROPA
Para dar fruto

Oración introductoria

María, llévame a Jesús. Que pueda contemplar su corazón como lo hiciste tú. Que pueda imitarlo, así como lo hiciste tú. Que aprenda a estar con Él hasta tocar el leño de la cruz.

Petición

Quiero oír y entender tu Palabra, fuente de abundancia que enriquece mi vida.

Lectura de la carta del apóstol san Pablo a los Gálatas (Gál 2, 19-20)

Hermanos: Yo he muerto a la ley por medio de la ley, con el fin de vivir para Dios. Estoy crucificado con Cristo; vivo, pero no soy yo el

que vive, es Cristo quien vive en mí. Y mi vida de ahora en la carne, la vivo en la fe del Hijo de Dios, que me amó y se entregó por mí.

Salmo (Sal 33, 2-3. 4-5. 6-7. 8-9. 10-11)

Bendigo al Señor en todo momento.

Lectura del santo Evangelio según san Juan (Jn 15, 1-8)

En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos: «Yo soy la verdadera vid, y mi Padre es el labrador. A todo sarmiento que no da fruto en mí lo arranca, y a todo el que da fruto lo poda, para que dé más fruto. Vosotros ya estáis limpios por la palabra que os he hablado; permaneced en mí, y yo en vosotros. Como el sarmiento no puede dar fruto por sí, si no permanece en la vid, así tampoco vosotros, si no permanecéis en mí. Yo soy la vid, vosotros los sarmientos; el que permanece en mí y yo en él, ese da fruto abundante; porque sin mí no podéis hacer nada. Al que no permanece en mí lo tiran fuera, como el sarmiento, y se seca; luego los recogen y los echan al fuego, y arden. Si permanecéis en mí y mis palabras permanecen en vosotros, pedid lo que deseáis, y se realizará. Con esto recibe gloria mi Padre, con que deis fruto abundante; así seréis discípulos míos».

Releemos el evangelio

San Agustín (354-430)

obispo de Hipona (África del Norte), doctor de la Iglesia

Discurso sobre los Salmos, Sal. 118, n° 20 ; CCL 40, 1730

“Muchos profetas y justos desearon ver lo que vosotros veis”

El profeta dice en un salmo: “Me consumo ansiando tu salvación y espero en tu palabra” (118,81) ... ¿Quién expresa este deseo ardiente si no "la raza escogida, el sacerdocio real, la nación santa, el pueblo

escogido por Dios" (1P 2,9), cada uno en su época, en todos los que vivieron, que viven y que vivirán, desde el origen del género humano hasta el fin de este mundo?... Por eso el Señor mismo les dijo a sus discípulos: "Muchos profetas y justos desearon ver lo que vosotros veis". Es pues su voz, la que hay que reconocer en este salmo... Este deseo jamás cesó en los santos y continúa ahora, en "el Cuerpo de Cristo que es la Iglesia" (Col. 1,18), hasta que venga "El Deseado de las naciones" (Ag 2,8 tipos de Vulg) ...

En los primeros tiempos de la Iglesia, antes de la encarnación en la Virgen, existían santos que deseaban la llegada de Cristo en la carne; y desde entonces hasta su Ascensión existían otros santos que desean la manifestación de Cristo para juzgar a vivos y muertos. Desde el comienzo hasta el final de los tiempos, este deseo de la Iglesia jamás perdió su ardor, incluso tampoco mientras el Señor vivió sobre tierra en compañía de sus discípulos.

Palabras del Santo Padre Francisco

«Jesús nos recuerda: “Sin mí no podéis hacer nada”. Él es quien nos sostiene y nos anima a buscar los modos para que la unidad sea una realidad cada vez más evidente. Sin duda la separación ha sido una fuente inmensa de sufrimientos e incomprensiones; pero también nos ha llevado a caer sinceramente en la cuenta de que sin él no podemos hacer nada, dándonos la posibilidad de entender mejor algunos aspectos de nuestra fe.» *(Homilía de SS Francisco, 31 de octubre de 2016)*

Meditación

En verdad es difícil, muchas veces, permanecer con la mirada puesta en el Señor. A veces suceden cosas que no nos esperamos, especialmente cuando nos sentíamos tan cerca del Señor. Y entonces

me pregunto, ¿acaso no te había sido fiel, Señor, desde hace tanto tiempo?, ¿no te había dado mi «sí» en las cruces que me he encontrado en mi camino?, ¿no me viste luchando por permanecer sirviéndote? ¿Qué ha sucedido que, incluso estando tan unido, tan unida a Ti, Señor, parece que me ha sobrevenido un mal que yo no merecía? Sí, en verdad me es difícil tantas veces entender tus pasos. Otros que viven lejos de Ti, parecen triunfar más que muchos que se esfuerzan por servirte. Huelo algo de paradoja en tu doctrina. Pero... también intento recordar aquellas tus palabras de contradicción que pronunciaste con las bienaventuranzas. Los perseguidos serían felices, los que lloran, consolados, los maltratados, justificados.

A veces entiendo tus planes con una claridad maravillosa, otras veces los desconozco con una oscuridad que intranquiliza hasta la carne. Por ello me pregunto si siquiera el estar contigo consista en entenderte. Me pregunto si debería tan solo confiar. Si éste va por tal camino y vive de tal manera, si aquél vive de este modo y alcanza tales metas, si el otro triunfa, el otro fracasa, ¿a mí en qué me toca? Ciertamente que un interés por mi prójimo siempre debe existir, y que éste brota de la caridad. Pero, por otro lado, escucho las palabras de tu boca que me dicen simplemente: «Tú sígueme».

En pocas palabras, parece que mi vocación cristiana no tiene su núcleo en el éxito o el fracaso, sino en el estar unido siempre a Cristo. Yo a veces entenderé mucho de mi vida, otras veces poco o nada. Tú me has regalado hoy, sin embargo, una luz que podrá consolarme una y otra vez: al árbol que da fruto, Dios lo poda. Pero lo poda para que dé más fruto.

Oración final

Tu amor, Yahvé, llega al cielo,
tu fidelidad alcanza las nubes;
tu justicia, como las altas montañas,
tus sentencias, profundas como el océano. (Sal 36,6-7)

VIERNES, 24 DE JULIO DE 2020
Tierra buena.

Oración introductoria

Señor Jesús, ayúdame a escuchar tu palabra con generosidad y poder profundizarla en mi corazón. Que sea tu Palabra la que me ayude a dar mucho más fruto y así poder extender en mi corazón, y en el de cada uno de los que me rodean, tu Reino.

Petición

Señor y Dios mío, concédeme ser una tierra buena en la que puedas sembrar, concédeme la luz del Espíritu Santo para poder recibir tu Palabra en mi corazón y dar fruto al ciento por uno.

Lectura del libro de Jeremías (Jer 3, 14-17)

Volved, hijos apóstatas -oráculo del Señor-, que yo soy vuestro dueño. Os iré reuniendo a uno de cada ciudad, a dos de cada tribu, y os traeré a Sion. Os daré pastores, según mi corazón, que os apacienten con ciencia y experiencia. Os multiplicaréis y creceréis en el país. Y en aquellos días -oráculo del Señor- ya no se hablará del Arca de la Alianza del Señor: no se recordará ni se mencionará; nadie la echará

de menos, ni se volverá a construir otra. En aquel tiempo llamarán a Jerusalén «Trono del Señor». Todas las naciones se incorporarán a ella en el nombre de «El Señor que está en Jerusalén», y ya no se dejarán guiar por su corazón perverso y obstinado.

Salmo (Jer. 31, 10. 11-12ab. 13)

El Señor nos guardará como un pastor a su rebaño.

Lectura del santo Evangelio según san Mateo (Mt 13, 18-23)

En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos: «Vosotros, pues, oíd lo que significa la parábola del sembrador: si uno escucha la palabra del reino sin entenderla, viene el Maligno y roba lo sembrado en su corazón. Esto significa lo sembrado al borde del camino. Lo sembrado en terreno pedregoso significa el que escucha la palabra y la acepta enseguida con alegría; pero no tiene raíces, es inconstante, y en cuanto viene una dificultad o persecución por la palabra, enseguida sucumbe. Lo sembrado entre abrojos significa el que escucha la palabra; pero los afanes de la vida y la seducción de las riquezas ahogan la palabra y se queda estéril. Lo sembrado en tierra buena significa el que escucha la palabra y la entiende; ese da fruto y produce ciento o sesenta o treinta por uno».

Releemos el evangelio

San Juan Pablo II (1920-2005)

papa

Discurso ante el Consejo de Europa, 8 de mayo 1988

«El alma de Europa, cada vez más viva y generosa»

Si Europa quiere permanecer fiel a así misma, hay que unir todas las fuerzas vivas de este continente, respetando el carácter original de

cada región y redescubriendo en sus raíces un espíritu común. Los países miembros de este Consejo son conscientes de no representar a toda Europa. Expresando mis deseos ardientes de ver intensificarse la cooperación ya iniciada con las otras naciones, particularmente con las del este y del centro, tengo la sensación de recoger el deseo de millones de hombres y mujeres que se saben unidos en una historia común y que esperan un destino de unidad y de solidaridad a la medida de este continente.

Durante siglos, Europa ha jugado un papel considerable en las otras partes del mundo. Hay que admitir que no siempre ha aportado lo mejor de sí misma en el encuentro con las otras civilizaciones, pero nadie puede negar que ha compartido felizmente muchos valores madurados largamente en su historia. Sus hijos han contribuido esencialmente a la difusión del mensaje cristiano. Si Europa desea desempeñar hoy su papel, tiene que fundar sus acciones claramente en aquello que tiene de más humano y de más generoso en su herencia histórica...

Mi presencia hoy ante la primera asamblea parlamentaria internacional constituida en el mundo, tengo conciencia de dirigirme a los representantes cualificados de pueblos que, en fidelidad a sus fuentes de vida, han querido unirse para afirmar su unión y para abrirse a las otras naciones de todos los continentes en el respeto a la verdad del ser humano. Puedo dar fe de la disponibilidad de los cristianos a tomar parte activa en las tareas de vuestras instituciones. Deseo a vuestro Consejo una labor fecunda para que el alma de Europa se haga cada vez más viva y generosa.

Palabras del Santo Padre Francisco

«En este “destino” del Reino de Dios podemos intuir la trama de la vida de Jesús: él también era un signo débil para sus contemporáneos, un evento casi desconocido para los historiadores oficiales de la época. El mismo se definió como un “grano de trigo” que muere en la tierra, pero solo de esta manera puede dar “mucho fruto”. El símbolo de la semilla es elocuente: un día el campesino la hunde en la tierra (un gesto que parece un entierro), y luego, “duerma o se levante, de noche o de día, el grano brota y crece, sin que él mismo sepa cómo”. Una semilla que brota es más obra de Dios que del hombre que la ha sembrado. Dios siempre nos precede, Dios siempre nos sorprende.» (*Ángelus de S.S. Francisco, 6 de marzo de 2019*).

Meditación

Hoy el Evangelio nos invita a escuchar atentamente. Muchas veces durante el día escuchamos muchas cosas, pero solo hay algunas a las que ponemos atención. Lo mismo pasa hoy en el Evangelio que nos explica la parábola del sembrador. La atención que requiere esta parábola es radical porque en sí misma exige algo que es profundo, constante y debe morir para así, dar fruto. ¿Pero cómo podremos ser constantes en la escucha de la Palabra de Dios?

Cristo mismo quiere darnos la respuesta. Necesitamos tener tierra buena, estar atentos a cómo estamos cuidando, cultivando y produciendo las semillas de Dios que caen en nuestra vida, sobre todo de los momentos en los cuales sentimos que su mano pasa por nuestra vida. Hacer memoria de cómo Dios mismo va tocando nuestra historia concreta y qué es lo que ahora nos pide para preparar la tierra buena en la cual caiga la semilla y se multiplique en un ciento por uno.

Oración final

Los preceptos de Yahvé son rectos,
alegría interior;
el mandato de Yahvé es límpido,
ilumina los ojos. (Sal 19,9)

SÁBADO, 25 DE JULIO DE 2020

San Santiago, apóstol

Patrono de España

Seguir a Cristo para ser grandes apóstoles de su Reino.

Oración introductoria

Señor, que pueda acercarme a Ti con confianza y poder pedirte lo que sea. Que aprenda a hablar contigo como mi amigo, y que tenga la capacidad de amarte hasta el fondo. Te pido la gracia de descubrir cómo me llamas a ser grande en mi vida a tu servicio.

Petición

Señor y Padre mío, ayúdame a crecer en la generosidad y en el servicio a los demás.

Lectura del libro de los Hechos de los apóstoles

(Hch 4, 33; 5, 12. 27-33; 12, 2)

En aquellos días, los apóstoles daban testimonio de la resurrección del Señor Jesús con mucho valor. Y se los miraba a todos con mucho agrado. Por mano de los apóstoles se realizaban muchos signos y prodigios en medio del pueblo. Todos se reunían con un mismo

espíritu en el pórtico de Salomón. Les hicieron comparecer ante el Sanedrín y el sumo sacerdote los interrogó, diciendo: «¿No os habíamos ordenado formalmente no enseñar en ese nombre? En cambio, habéis llenado Jerusalén con vuestra enseñanza y queréis hacernos responsables de la sangre de ese hombre». Pedro y los apóstoles replicaron: «Hay que obedecer a Dios antes que a los hombres. El Dios de nuestros padres resucitó a Jesús, a quien vosotros matasteis, colgándolo de un madero. Dios lo ha exaltado con su diestra, haciéndolo jefe y salvador, para otorgar a Israel la conversión y el perdón de los pecados. Testigos de esto somos nosotros y el Espíritu Santo, que Dios da a los que lo obedecen». Ellos, al oír esto, se consumían de rabia y trataban de matarlos. El rey Herodes hizo pasar a cuchillo a Santiago, hermano de Juan.

Salmo (Sal 66, 2-3. 5. 7-8)

Oh Dios, que te alaben los pueblos, que todos los pueblos te alaben.

Lectura de la segunda carta del apóstol san Pablo a los Corintios (2 Cor 4, 7-15)

Hermanos: Llevamos este tesoro en vasijas de barro, para que se vea que una fuerza tan extraordinaria es de Dios y no proviene de nosotros: Atribulados en todo, mas no aplastados; apurados, mas no desesperados; perseguidos, pero no abandonados; derribados, mas no aniquilados, llevando siempre y en todas partes en el cuerpo la muerte de Jesús, para que también la vida de Jesús se manifieste en nuestro cuerpo. Pues, mientras vivimos, continuamente nos están entregando a la muerte por causa de Jesús; para que también la vida de Jesús se manifieste en nuestra carne mortal. De este modo, la muerte actúa en nosotros, y la vida en vosotros. Pero teniendo el mismo espíritu de fe, según lo que está escrito: «Creí, por eso hablé», también nosotros creemos y por eso hablamos; sabiendo que quien resucitó al Señor

Jesús también nos resucitará a nosotros con Jesús y nos presentará con vosotros ante él. Pues todo esto es para vuestro bien, a fin de que cuantos más reciban la gracia, mayor sea el agradecimiento, para gloria de Dios.

Lectura del santo Evangelio según san Mateo (Mt 20, 20-28)

En aquel tiempo, se acercó a Jesús la madre de los hijos de Zebedeo con sus hijos y se postró para hacerle una petición. Él le preguntó: «¿Qué deseas?». Ella contestó: «Ordena que estos dos hijos míos se sienten en tu reino, uno a tu derecha y el otro a tu izquierda». Pero Jesús replicó: «No sabéis lo que pedís. ¿Podéis beber el cáliz que yo he de beber?». Contestaron: «Podemos». Él les dijo: «Mi cáliz lo beberéis; pero sentarse a mi derecha o a mi izquierda no me toca a mí concederlo, es para aquellos para quienes lo tiene reservado mi Padre». Los otros diez, al oír aquello, se indignaron contra los dos hermanos. Y llamándolos, Jesús les dijo: «Sabéis que los jefes de los pueblos los tiranizan y que los grandes los oprimen. No será así entre vosotros: el que quiera ser grande entre vosotros, que sea vuestro servidor, y el que quiera ser primero entre vosotros, que sea vuestro esclavo. Igual que el Hijo del hombre no ha venido a ser servido sino a servir y a dar su vida en rescate por muchos».

Releemos el evangelio

San Basilio (c. 330-379)

monje y obispo de Cesárea en Capadocia, doctor de la Iglesia

Homilía sobre el salmo 115 (Lectionaire Festif de Dieu et Commentaires III, Homélie sur le psaume 115, Solesmes), trad. sc@evangelizo.org

¿Pueden beber a la copa que beberé?

“¿Con qué pagaré al Señor todo el bien que me hizo?” (Sal 116 (114-115),12). Ni sacrificios ni holocaustos ni observancias del culto legal,

solamente con toda mi vida. Por eso dice el salmista “alzaré la copa de la salvación” (cf. Sal 116,13). El salmista llama “su copa” al trabajo que ha endurecido en el combate de su devoción filial hacia Dios y a la constancia con que resistió al pecado, hasta la muerte.

A propósito de esta copa, el Señor mismo se expresa en los evangelios: “Padre mío, si es posible, que pase lejos de mí este cáliz, pero no se haga mi voluntad, sino la tuya” (Mt 26,39). Pregunta a los discípulos: “¿Pueden beber a la copa que beberé?”. Se refería a la muerte que iba a sufrir por la salvación del mundo. Por eso dice “alzaré la copa de la salvación”. Es decir, de todo mi ser estoy sediento, tendido hacia la consumación del martirio, al punto que considero los tormentos endurecidos en el combate de amor filial como un reposo del alma y del cuerpo y no como un sufrimiento. Yo mismo me ofreceré al Señor como sacrificio y oblación (...). Estoy listo para testimoniar de esas promesas delante de todo el pueblo, porque “cumpliré mis votos al Señor, en presencia de todo su pueblo” (Sal 116,14)

Palabras del Santo Padre Francisco

«“No será así entre vosotros”. Con sus palabras, Jesús nos impulsa a ser protagonistas de otro trato: el de su Reino. Aquí y ahora, semillas de alegría y esperanza, paz y reconciliación. Lo que el Espíritu viene a impulsar no es un activismo desbordante, sino, ante todo, una atención puesta en el otro, a reconocerlo y valorarlo como hermano hasta sentir su vida y su dolor como nuestra vida y nuestro dolor. Este es el mejor termómetro para descubrir todas las ideologías de cualquier tipo que intentan manipular a los pobres y a las situaciones de injusticia para el servicio de intereses políticos o personales. Sólo así seremos, allí donde nos encontremos, semillas e instrumentos de paz y reconciliación.» *(Homilía de S.S. Francisco, 6 de septiembre de 2019).*

Meditación

Hay en nuestro corazón un anhelo de grandeza, de ser reconocido y hacer cosas grandes. Ante esta actitud de los apóstoles, Cristo les enseña cuáles son las cosas que verdaderamente nos harán ser reconocidos y realizar obras grandes. Al deseo de sentarse al lado de Cristo en su reino, Él les responde que deben beber su cáliz. Este cáliz es símbolo de las acciones que tomamos para crecer en nuestra vida, pero que no son nada fáciles, puede llegar, incluso, a dar la vida como Cristo. La grandeza que nos quiere compartir el Señor no es fácil de conseguir.

Ejemplos de grandeza como a la que invita Cristo son los santos que supieron seguirlo en sus propias circunstancias. Como el apóstol Santiago, que supo dejar a su familia por un motivo más grande que él mismo y que le daría la vida eterna; supo vivir su vida familiar al extremo hasta compartir su vocación con su hermano; supo vivir su vida hasta el final para llegar, según la tradición, a España y comunicar el mensaje de Cristo.

Aunque esta «grandeza» parezca más bien lo contrario, debemos confiar en que Dios nos ayudará para ver qué son las cosas que de verdad importan. Tener un tesoro en el cielo es nuestra meta. Debemos poner todo nuestro esfuerzo para alcanzar este objetivo de vida y, así, llegar un día a su Reino, sentarnos en su mesa y hablar con Él. Lo que tenemos que hacer ahora, cada día, es «beber» el cáliz que Dios nos pone enfrente para encontrarnos con Él al final y entrar en su Reino.

Oración final

Los paganos decían: ¡Grandes cosas
ha hecho Yahvé en su favor!

¡Sí, grandes cosas ha hecho por nosotros
Yahvé, y estamos alegres! (Sal 126,2-3)